

## EL ESPÍRITU DE LA UNIVERSIDAD JESUITA COMPROMETIDO CON LA CASA COMÚN

MANUEL ANTONIO SILVA DE LA ROSA<sup>1</sup>

### Resumen

En un primer momento, proponemos reflexionar en torno al espíritu que orienta una Universidad Jesuita. El espíritu de la universidad se va forjando a partir del modo en que nos posicionamos ante el mundo. Esto nos llevará a analizar, en un segundo momento, la construcción de subjetividades que genera el espíritu del capital, para ubicar cómo y de qué manera nos deshumaniza al momento de construir una cosmovisión como sujetos autosuficientes, ignorando la coexistencia con la naturaleza. La idea de autosuficiencia es una ficción. Nos guste o no, coexistimos en el mundo. Si acoger una lucidez espiritual significa pensar, sentir y elegir en libertad qué estilo de vida queremos asumir, esto siempre se realiza en relación con otros y con el espacio en donde habitamos. En un tercer momento, expondremos una aproximación al concepto de eco-espiritualidad, desarrollando, de forma sucinta, algunas de sus características. Para después exponer como reflexión final, tres maneras de seguir profundizando en el cultivo de una universidad comprometida con la Casa Común. Somos parte de esta Tierra herida y también nos vamos hiriendo con nuestras acciones, resultado de la cosmoviviencia que tengamos. La naturaleza no está separada de nosotros como algo inerte y exterior.

**Palabras clave:** Universidad Jesuita, mundo en apertura, eco-espiritualidad, ecología política

### Introducción

No existe una institución social que desempeñe un papel neutral. Necesariamente las instituciones tienden a potenciar ciertos grupos y a coaccionar a otros. Cada vez es más notorio que la sociedad en la que nos encontramos está caracterizada por la desigualdad que provoca una coyuntura de precarización, violencia y conflicto de intereses. Estas relaciones desiguales e injustas no se generan solas, tampoco se conservan por sí mismas. Más bien, se alimentan y se forjan a par-

.....  
1 Docente en línea de la Maestría en Derechos Humanos de la Universidad Iberoamericana Puebla.  
Correo electrónico: manuelsdlr@gmail.com

tir de instituciones que legitiman el orden social desde los intereses dominantes, canalizando todo conflicto hacia ciertas soluciones que no toman en cuenta las condiciones inhumanas de los grupos más vulnerables, que sufren injustamente las consecuencias de las estructuras excluyentes.

Ante una realidad como ésta, las universidades se ven obligadas a tomar postura. O se oponen y se enfrentan a estas lógicas deshumanizantes, o continúan legitimando y justificando el estatus social vigente. Para Ignacio Ellacuría, S.J. (1999), la tarea central de una universidad no se puede definir en abstracto, ajena a las problemáticas que vive la sociedad: debe responder desde las circunstancias históricas.

La forma específica con que la universidad debe ponerse al servicio inmediato de todos es dirigiendo su atención, sus esfuerzos y su funcionamiento universitario al estudio de aquellas estructuras que, por ser estructuras, condicionan para bien o para mal la vida de todos los ciudadanos. Debe analizarlas críticamente, debe contribuir universitariamente a la denuncia y destrucción de las injusticias, debe crear modelos nuevos para que la sociedad y el Estado puedan ponerlas en marcha (1999: 22).

Desde esta perspectiva, las universidades confiadas a la Compañía de Jesús tienen como misión incidir en el cambio de las estructuras injustas de la sociedad (Ellacuría, 1999). Esto supone una historización del ser y el hacer de la universidad misma. El eje rector de la actividad universitaria está en función de su incidencia en la realidad histórica; no puede estar volcada a los intereses subjetivos de los estudiantes, ni a la formación profesional individual, tampoco debe pertenecer a los académicos y autoridades de la institución. El rector y mártir Ellacuría, S.J. (1999), sostiene que “el sentido último de la universidad y lo que es en su realidad total debe mensurarse desde el criterio de su incidencia en la realidad histórica, en la que se da y a la que sirve” (: 50).

Ahora bien, las universidades tienen la tarea de cuestionarse y analizar su contexto considerando el ambiente que viven. Este contexto está subsumido por la globalización de la economía que ha impuesto un patrón, consolidando, brindando estructuras, mecanismos y prácticas enfocadas al uso exclusivo de la oferta y la demanda del mercado. La universidad se ha desdibujado su identidad transformándola en un espacio de mercado educativo. Universidades públicas y privadas, centros educativos e investigación o institutos tecnológicos, cada vez más son propensas a producir para el mercado y lo más delicado, se convierten ellas mismas en mercado.

Este contexto vuelve urgente repensar la tarea principal y la identidad universitaria, para no reducir su misión educativa a la mera construcción de espacios de capacitación de sujetos aptos para un trabajo remunerado en el mercado laboral.

Colocando lo “superior” de la educación en una simple antesala, para adaptarse al cambio acelerado de la vida laboral. Limitándose a ser un simple objeto de mercado y competencia (Garza, 2017).

Es necesario recuperar una reflexión en torno a nuestra misión como institución educativa para repensar su identidad, tomando en cuenta la memoria histórica de nuestras acciones y reflexiones. Pensar nuestra identidad universitaria no es elucubrar, no es un movimiento abstracto. Pensar seriamente es preguntarnos quiénes somos y qué queremos y, esto, implica forzosamente dejarnos tocar por las problemáticas de la realidad. Pensar es detonar un encuentro con los demás, con las situaciones complejas, con las cosas no resueltas, con las relaciones que vamos forjando con el mundo y con los demás y, desde ahí, dejar que esas circunstancias nos planteen aquellos verdaderos problemas que debemos tomar en cuenta para resignificar nuestra misión universitaria.

La Universidad Jesuita no es un ente estático, sino un proyecto que se gesta a partir de los problemas que emergen de su realidad histórica. La potencialidad de la reflexión y posición la detona desde el contacto con el mundo abierto, dinámico y complejo. Son los problemas reales los que nos dan qué pensar y que nos hacen ser lo que somos. Son los problemas mismos los que nos despiertan para asumirlos y atenderlos. Atender los problemas que nos confrontan, no necesariamente implica perdernos en ellos, sino *cargar* con ellos: implica compromiso y responsabilidad, teniendo conciencia de que la realidad es una condición de posibilidades abierta, que no está determinada o programada, sino que está inacabada, para que nosotros, los actores sociales, podamos intervenir y brindar alternativas diferentes para podernos comprender y habitar el mundo de una mejor manera. Héctor Garza, S.J. (2017), en su libro *Senderos en la niebla*, nos dice que “cargar con esos problemas es asumirlos como incentivo para realizar su esencia, esto es para pensar, y así, para abrir nuevas posibilidades de ‘vida buena’” (: 23).

Hablar de recuperar y resignificar la identidad universitaria es hablar del cultivo y la manifestación de una lucidez espiritual. Y hablar de lucidez espiritual no es hablar metafóricamente o pensar algo en abstracto, sino que implica la manera en que nos asumimos como personas y nos enfrentamos con las cosas, con los demás y con nosotros mismos. Tiene que ver con la riqueza y la vivacidad de los integrantes que forman parte de la comunidad universitaria que se fortalecen en una tierra fértil; donde crecen nuevas comprensiones del mundo y en donde se reinterpreta la vida, cuestionando cuál modo de vida queremos asumir y qué valores van a vertebrar nuestro proyecto universitario.

Esto quiere decir que nuestra manera de entender al mundo no está dada, no está definida de una vez por todas. Nuestra ocupación en el mundo es reinventarnos siempre de nuevo. En este sentido, propongo una sencilla pero sincera

reflexión encaminada a situarnos en un mundo con conciencia ambiental. A mi juicio, necesitamos seguir repensando el papel que éste tiene en una Universidad Jesuita, para fortalecer un espíritu crítico y fraterno que nos despierte y nos haga ver que nuestra existencia y el mundo no se pueden pensar por separado.

Plantearemos la necesidad y la urgencia de que nuestra universidad siga iluminando un horizonte que tenga como raíz la correlación entre el mundo y nuestra humanidad. Para ello, necesitamos desaprender y reaprender, en un proceso dialéctico, la relación que existe entre el ser humano y la naturaleza. Intentaremos llevar a cabo una reflexión que gire en torno a la urgencia de un cambio de paradigma para habitar la Tierra tomando en cuenta la coexistencia con la naturaleza. Todas y todos somos responsables del cuidado de la Casa Común. Tenemos la necesidad de hacernos cargo responsablemente de la manera en que nos relacionamos con el medio ambiente.

En un primer momento, proponemos reflexionar el tema del espíritu de una Universidad Jesuita. El espíritu de la universidad se va forjando a partir del modo en que nos posicionamos ante el mundo. Esto nos llevará, en un segundo momento, a poner atención en la construcción de subjetividades que genera el espíritu del capital, para poder ubicar cómo y de qué manera nos deshumaniza y proponer, en cambio, una reflexión respecto a nuestra existencia entendida no como autónoma sino como coexistencia con la Tierra. El ser autosuficiente es una ficción. Nos guste o no, coexistimos en y con el mundo. Si acoger una lucidez espiritual significa pensar, sentir y elegir en libertad qué estilo de vida queremos asumir, esto siempre se realiza en relación con otros y con el espacio en donde habitamos. En un tercer momento, expondremos una aproximación al concepto de eco-espiritualidad y trataremos de mostrar su relación con una universidad comprometida con la casa común. Después de estos tres momentos, nos detendremos a exponer una reflexión final. Tomando en cuenta que el espíritu de una Universidad Jesuita no tiene que ver solamente con el modo en que nos relacionamos unos con otros, sino también con el modo en que nos relacionamos con los entornos vitales en los que cohabitamos.

### **El espíritu de una Universidad Jesuita**

Hacer referencia al espíritu de una universidad, en la mayoría de los casos evoca a un tipo de espiritualidad enfocada hacia la construcción de la plenitud y bienestar personal de los integrantes de una comunidad universitaria. Ésta se asume como un elemento normativo que brinda una seguridad, configurando al sujeto desde un deber ser que lo orienta para poder regirse al momento de tomar decisiones. Queremos tomar distancia de esta postura. El espíritu de una universidad no puede centrarse tomando en cuenta estrictamente el dictamen de ciertas figuras

institucionales o fijándose simplemente en la ejecución de ciertas normas establecidas, sino que se forja dependiendo del modo en que la comunidad universitaria adopta una postura al momento de encontrarse con su realidad.

El espíritu universitario no lo tiene la institución, sino las personas que la integran. Así, el espíritu de cada integrante, se acrisola dependiendo de la relación que tiene con el mundo. Es un elemento vital, no podemos interpretarlo como algo negociable que podemos quitar o poner a nuestro antojo. Más bien, el espíritu universitario está en el centro mismo de nuestras vidas al momento de formar parte de la comunidad. El espíritu se va forjando a partir del modo en que nos posicionamos ante el mundo.

Esto quiere decir que los humanos nos vemos obligados a relacionarnos con el mundo, con los demás y con nosotros mismos. A partir de esta relación, experimentamos tensiones que nos inquietan la vida. En términos generales, la espiritualidad es lo que hacemos con esta inquietud. La espiritualidad, entonces, no se puede reducir a la capacidad de elegir de manera serena, ecuánime y racional ciertas actividades religiosas. El espíritu no podemos reducirlo a lo moral, encasillarlo en un lugar, ni ponerle un determinado horario.

La espiritualidad, por el contrario, tiene que ver con la posibilidad de hacernos cargo de nosotros mismos. Pero no existe una sola manera de hacernos cargo de nuestra existencia. Nuestra realidad humana está en apertura. Siempre estamos en construcción, nunca estamos acabados, no existe una finalidad *a priori* que dicte nuestra naturaleza humana. Nos asumimos como sujetos inconclusos pues nuestra subjetividad no está programada o regida por nuestros instintos. No tenemos nada determinado y nos vemos obligados a hacernos a nosotros mismos en un mundo abierto. En este mismo sentido, el espíritu de una Universidad Jesuita siempre está en apertura, es decir, siempre está por hacerse, construirse y formarse. No sólo se trata de llegar a unas metas establecidas estratégicamente, sino de aprender a caminar en un mundo común con un espíritu compartido. La vida universitaria, donde se consolida el espíritu, tiene una itinerancia, es un dinamismo procesual, no un lugar sedentario. La universidad (como todo ser humano) siempre está en construcción.

La radicalidad de nuestra humanidad abierta exige, en todo momento, decidarnos, ya sea, por ser de esta forma o de aquella otra: cualquier decisión que realicemos es un momento de clausura, es decir, de alguna manera cerramos las posibilidades que nos demanda nuestra humanidad en apertura, sin embargo, esa misma decisión que hemos hecho nos posiciona en apertura nuevamente. En términos de la filósofa Hannah Arendt (1993), estamos llamados a operar en estado naciente. No hemos venido al mundo sólo para morir, sino para comenzar algo nuevo: somos una constante tarea.

En esta misma dirección, el camino espiritual de una universidad tiene que ver con el irnos, en comunidad, decidiéndonos en el mundo. Pero también tiene que ver con la capacidad de irnos abriendo al mundo. Nuestras decisiones siempre incluyen, nos guste o no, de una u otra manera, a los demás y al mundo en el que nos encontramos. Esta apertura y esta decisión de la que nos hacemos cargo es la que posibilita la manera de interpretar la vida, es decir, de comprenderla. En resumen, la espiritualidad es una forma de asumir nuestra vida. En este sentido, nuestro espíritu se va forjando en aquello en lo que nos posicionamos a cada instante. Es decir, nos vamos construyendo espiritualmente, a partir de la manera en que habitamos el mundo. Es así como entendemos la espiritualidad como esa apertura a la que otorgamos significatividad.

Ahora bien, el espíritu de la Universidad Jesuita se posiciona queriendo responder e incidir en las circunstancias históricas. Para Ellacuría (1999), la universidad se debe de caracterizar por su espíritu crítico, es decir, por su fundamento de ética y racionalidad, que no puede estar sujeta a una docencia neutral, atemporal y ahistórica. El espíritu de una Universidad Jesuita tiene que ver con la sensibilidad de dejarnos tocar por la fuerza de las problemáticas que vivimos. Tal como afirma Peter-Hans Kolvenbach, S.J.:

Los estudiantes a lo largo de su formación, tienen que dejar entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar en favor de los derechos de los demás, especialmente de los menos afortunados y de los oprimidos (2000: 8).

En efecto, para una Universidad Jesuita, las experiencias cruciales siempre se dan cuando tenemos las defensas bajas, cuando dejamos que nos atraviese la cruda realidad de este mundo. Cuando la comunidad universitaria se deja interpelar por esa repentina irrupción de lo real, nos asalta por sorpresa, las circunstancias nos aprietan, nos incomodan, pero la deformación que producen las contingencias en nosotros, en el fondo, nos van formando como una universidad Jesuita dispuesta para incidir en la realidad con mayor conciencia. Por lo tanto, la reflexión intelectual de una Universidad Jesuita se realiza a la intemperie, desde el encuentro con lo desconocido y no en el encierro de un escritorio, o encapsulados en las aulas asegurando y reafirmando nuestras propias certezas.

El filósofo Luis Sáez Rueda, en su libro *Ser errático*, nos dice que, “estamos situados en el espacio abierto de una pregunta de fondo de la cual depende dicho modo y que permite interpretar en una determinada dirección” (2009: 53).

Siguiendo esta cita, somos tierra profunda de una pregunta informulable. Somos una moldura no objetivable que abre un horizonte de posibilidades constructivas donde aprehendemos sentido, pero lo que nos acontece no es meramente elaborado por nosotros mismos. Así, la Universidad Jesuita no se forja por sí sola como si estuviera en el vacío. Más bien, el proyecto educativo se inicia desde el encuentro y la relación con el mundo al que pertenecemos.

Lo anterior nos lleva a caer en la cuenta de que nosotros construimos el espíritu de la universidad dependiendo de nuestra comprensión de las cosas que nos interpelan. Pero esta comprensión está situada en un determinado momento. Nuestra espiritualidad depende de nuestro modo de estar en la vida. No podemos construir una universidad blindada de la realidad. No podemos salirnos del mundo que nos acontece.

Si bien la espiritualidad está expuesta constantemente al curso de los acontecimientos donde nos encontramos, el espíritu de las universidades confiadas en la Compañía de Jesús depende de la manera en la que nos dejamos afectar por la realidad. Esta espiritualidad no tiene nada que ver con un replegarse desde la existencia a otra parte. De cada evento brotan cifras ocultas que debemos interpretar para saber algo nuevo del mundo y de nosotros mismos. Pero para poder ser receptores de nuestro mundo, necesitamos escuchar las circunstancias que nos acaecen como sociedad.

Nuestro espíritu como Universidad Jesuita crece en la medida en la que seamos capaces de dialogar con otras disciplinas, cuando nos enriquecemos con otras perspectivas, cuando nos desprendemos de nuestras certezas para acoger otras visiones del mundo. Esto enriquece nuestro espíritu para tener una mirada holística e intentar orientar nuestra mirada donde otros no ven. Pues el espíritu no está encasillado en una verdad absoluta que se puede atrapar y poseer de una vez por todas. El espíritu de una Universidad Jesuita se vive en medio de la realidad como misión recibida, tanto cuanto se encuentre en apertura y en diálogo constante para contribuir a la liberación de las injusticias del mundo con una mayor fecundidad.

En este momento, nos podemos dar cuenta que la Universidad Jesuita no funciona en abstracto, sino que tiene rostros concretos, historias y experiencias compartidas. Sin embargo, hay que precisar que es una experiencia. La experiencia se vive como un acontecimiento impredecible, que la mayoría de las veces genera sorpresa e implica ruptura y dolor. Este espíritu, primero se deja que entre el desorden permitiendo que las mismas cosas nos atraviesen. Pues esta espiritualidad brota del impacto con la realidad, a través de nuestros sentidos. En definitiva, nuestra espiritualidad como Universidad Jesuita, no significa “saber más de la vida”, sino que tiene que ver con la manera en que “asumimos nuestra vida en relación con Dios, con el mundo, con los demás y con nosotros mismos”.



Una Universidad Jesuita se forja desde una ética cristiana que dé cara a la realidad resistiendo ante una lógica deshumanizante y no de discursos moralistas. En este sentido, Juan Luis Hernández (2020), en su escrito *Geopolítica de la Esperanza*, propone una praxis desde la ética cristiana, “una praxis de la esperanza se concretaría en la resistencia y en la audacia de la acción transformadora de la realidad” (: 6). Es desde el proyecto del Jesús Histórico, que puede orientar la universidad para generar una praxis comunitaria saliendo al encuentro, dejándonos tocar por la situación de los más vulnerables. “La praxis de la resistencia es posiblemente hoy, en tiempos de capitalismo voraz, y de los múltiples vaciamientos de sentido personal y social, la praxis de las praxis. Resistir es solidaridad y sostener el bien común contra viento y marea, es responsabilidad ciudadana” (2020: 6).

El espíritu Universitario Jesuita tiene como preferencia el encuentro con las periferias. En el primer encuentro mundial de universidades encomendadas a la Compañía de Jesús, que se llevó a cabo en la Universidad Deusto el 10 julio de 2018, el Padre General Arturo Sosa, S.J. afirma que “la universidad concebida como proyecto de transformación social es una universidad que se mueve hacia los márgenes de la historia humana en los que encuentra a quienes son descartados por las estructuras y poderes dominantes” (2018: 2).

En resumen, el criterio medular que tiene la Universidad Jesuita radica en su carácter político, desde este criterio debe medir la eficacia de su misión. Ignacio Martín Baró, S.J. (1989), sostiene que una Universidad Latinoamericana debe de asumir conscientemente su papel político, esto no quiere decir que deba de intervenir en una política partidista, sino que debe posicionarse en los problemas de la “polis” de la sociedad. “Una universidad que se declare ‘apolítica’ está confesando su servilismo, de ‘masa silenciosa’ al poder establecido” (1989: 212). Si las universidades jesuitas se rigen bajo este posicionamiento, deben contribuir a la reestructuración de aspectos deshumanizantes y posibilitar la liberación integral de los sectores desfavorecidos. Así, la universidad está llamada a crear nuevas posibilidades de vida desde el bien común. Pone énfasis en fortalecer la capacidad de leer los signos de los tiempos, para poder adelantarnos al tiempo que estamos viviendo y deslumbrar un horizonte más a allá del momento presente, cultivando y nutriendo de la memoria histórica (Sosa, 2018).

### **Del espíritu de la posesión privilegiada capitalista al espíritu comunitario en coexistencia con y en el mundo**

En el apartado anterior se indicó que no basta la mera voluntad para poder incidir y provocar la irrupción de algo nuevo en el mundo. Es la naturaleza, las personas y las cosas las que nos llaman, podemos decir, en términos husserlianos, son las



cosas mismas las que nos convocan y nos evocan. Un mundo primero nos interpela y, después de ese encuentro nacen nuestra praxis como universidad.

Es desde este encuentro con la realidad, que “el ser humano necesita redescubrir su lugar en esa comunidad global, al lado de otras especies y no fuera o encima de ellas” (Boff,1996: 138). Ante esto, este espíritu que asume una Universidad Jesuita, cada vez con mayor fuerza, tiene el compromiso y preocupación con el medio ambiente; abdicando de una mirada antropocéntrica, pues no se trata de enfocarnos solamente en la formación personal del estudiante para la adaptación de una sociedad, ajena a la realidad y al entorno donde habita. Esto no quiere decir que tengamos que renunciar a nuestra singularidad, sino que uno de los compromisos fundantes que tiene la Universidad Jesuita es la necesidad de replantear nuestra existencia en relación con y en el mundo.

Expuesto, *grosso modo* el espíritu de una Universidad Jesuita, ahora lo que nos interesa es direccionar nuestra mirada a la construcción de subjetividades que forja una espiritualidad, si bien habíamos dicho que la espiritualidad tiene que ver con el modo de sentir, pensar, imaginar y creer, en relación con la realidad. Sin pretender profundizar y ampliar, la espiritualidad se forja en la interrelación que tiene el ser humano y su contexto social y natural. El espíritu de nuestra subjetividad brota desde una construcción histórica-cultural. Nosotros los humanos, comprendemos, sentimos y actuamos dependiendo de nuestro modo de habitar el mundo.

En este sentido, podemos decir que existen diferentes espiritualidades y dependen de la manera en que el ser humano se relaciona con su entorno. Dicho esto, podemos afirmar que hay espiritualidades que nos deshumanizan. Una de ellas es el espíritu que sostiene este sistema capital en el que nos encontramos inmersos, provocando despojo y violencia. La lógica que provoca este espíritu de acumulación capital, históricamente se ha manifestado por una dinámica de expansión, control y apropiación de la naturaleza humana para convertirla en valor y, de esta manera, garantizar su reproducción. Nutrir esta espiritualidad es seguir nutriendo a políticas extractivistas para el control, explotación y mercantilización de la naturaleza.

En esta misma línea, Mina Lorena Navarro, ha desarrollado la noción de despojo múltiple: analizando los efectos ecosistémicos, económicos, políticos y subjetivos-culturales que produce este espíritu capitalista. En la actualidad, estos despojos se han radicalizado, junto con la acentuación de la violencia, como estrategia crucial, que articula el capital para gestionar su dinámica y, provocando “desestructuración del tejido social, la erosión y captura de las regulaciones comunitarias de autogobierno y la expropiación de las capacidades políticas de decisión y autodeterminación” (2019: 32).

Sin embargo, a nuestro juicio, este sistema que provoca los despojos múltiples, no opera solamente por una estrategia social, ni únicamente por una lógica sistemática, más bien es el resultado de asumir un espíritu que procura solamente el bien personal. Debajo de las estructuras, mecanismos y prácticas que produce el capital, está una espiritualidad alimentándola y fortaleciéndola. Somos nosotros mismos quienes mantenemos en marcha esta sociedad neoliberal.

Como sociedad fincada en el capital, construimos una espiritualidad que sostiene un sistema injustamente estructurado. Ésta ha vivido siempre del trabajo de la gente más vulnerable, descargándoles, además, daños ecológicos muy severos. Enriquece la base de asimetría del poder estructural de la sociedad que opera para los que se benefician, como posible, plausible y, sobre todo, legítimo. Además, potencializa la explotación de recursos naturales, particularmente de los pueblos indígenas originarios.

Esta espiritualidad construye una sola mirada. Nuestros ojos están atrapados bajo una sola óptica; entendernos como espectadores. Somos el centro de nuestras relaciones. Nos gusta ver al mundo de lejos sin comprometernos, como sujetos que presenciamos la vida sin implicarnos en ella. El capitalismo nos ha provocado una sensación de que somos inmunes ante las desgracias de nuestro mundo. El pensar que la vida tiene que ser así y, sólo así, de esa manera, no es solamente el resultado de nuestra condición histórica y política. En el fondo, es nuestra manera de asumir la vida, es nuestra espiritualidad que está enfocada en una construcción de subjetividad adormecida por el consumo y centrada en la búsqueda de felicidad personal.

Este espíritu capitalista posibilita estructuralmente actividades que paulatinamente van acabando con la naturaleza. El Grupo Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC), desde 1988, ha estado publicando informes donde advierten el creciente calentamiento global de la atmósfera. Debido al sistema que impera en nuestra sociedad, cada vez existen más problemas de sequías, deshielos, hambre, guerra y sobre todo migración forzada. La externalización se ha mantenido a partir del trabajo, el esfuerzo y los recursos de otros, descargando sobre terceros los daños sociales, provocando el agotamiento de los recursos naturales.

Ahora bien, toda sociedad necesariamente se comprende ella misma teniendo en cuenta el modo en que se inscribe en el espacio que habita. Seamos conscientes o no, nos asentamos desde una determinada manera en relación con nuestro entorno natural. Si bien nuestra condición humana es a un tiempo social, no debemos de olvidar que la comprensión del ser, también es espacial. Es decir, el tiempo y el espacio de la vida humana se concretan en un territorio determinado que cohabitamos. Nos relacionamos no sólo con otros seres humanos sino con todo lo viviente.

Edward Said (1993), en su libro *Cultura e imperialismo*, afirma que el giro espacial en la actualidad ha sido un “cambio de paradigma,” que de alguna manera pretende reequilibrar las relaciones que vivimos los seres humanos entre el tiempo y el espacio. El teórico y literato palestino enfatiza el espacio como un punto nodal poniendo en segundo término el tiempo. Así, propone una “lucha por la geografía” no sólo como una defensa de territorio biofísico sino como “una fábrica de proyecciones: imaginarias, cartográficas, militares, economistas, históricas o, en general, culturales” (1993: 139). Said pone énfasis en la topología antes que en la cronología, confiando más en los mapas que en los relatos. Pues el espacio geográfico “hace posible también construcción de varios tipos de saberes, todos ellos de una manera u otras dependientes del carácter y destino, así percibidos” (: 139) Y esto depende de cada espacio geográfico. Hay que comprender que el tiempo de las sociedades humanas se bosquejan en un espacio geográfico, tanto físico como simbólico. Precisamente porque estamos situados en un espacio terrestre podemos interpretar el tiempo.

En las últimas décadas, Michel Foucault (2008) ha sido un referente para analizar las nuevas formas de poder, desarrolladas por el espíritu capitalista neoliberal. Para este filósofo francés existe una forma central que ha construido el capital. Esta forma es la combinación de un control geopolítico y un gobierno biopolítico que contribuye a reforzar las grandes desigualdades sociales, potencializando la proliferación de muros, divisiones y controles fronterizos, para poder jerarquizar, controlar y clasificar como turistas, refugiados, invasores, migrantes: legales o ilegales, a aquellas poblaciones que se desplazan de un país a otro.

Este espíritu capitalista, que nos ha programado por construirmos desde el bienestar personal, sin poner atención que nuestra manera de asumir la vida, fomenta una destrucción irreversible de la Tierra. Además, potencializa el rechazo a pueblos indígenas, tratándolos de desaparecer, pues ellos tienen otra espiritualidad diferente al del sistema capitalista que confronta y que nos exige que cambiemos nuestra mirada. Aunque esto se desarrollará en el siguiente apartado, nos interesa indicar que es necesario cuestionar esta espiritualidad heredada y potenciada por diversas formas de saber-poder y por los medios de comunicación de masas.

Para profundizar en la comprensión de esta espiritualidad capitalista que tiene un semblante patriarcal, recuperamos la categoría de separación que Mina Navarro (2019) retoma de la *Crítica a la Economía Política* de Marx, del marxista italiano Massimo De Angelis, para evidenciar que esta visión es condición de posibilidad de la acumulación y reproductividad del capital, debido a la separación del ser humano de su medio de producción. “La separación funciona como la condición de posibilidad para que el capital pueda intervenir en el tejido de la

vida, negando, ocultando y deformando la red de relaciones de interconexión e interdependencia entre todas las formas de vida que en conjunto habitamos el planeta” (2019: 22). Siguiendo a Navarro, podemos decir que el espíritu del capital está basado en la manera particular de organizar y comprender la naturaleza, detonando un enajenamiento en las relaciones de interdependencia que tiene la vida. Noción que veremos en el siguiente apartado.

Ante esto señalado, podemos afirmar que esta manera que tiene el ser humano de separarse con la naturaleza produce despojo sobre el ámbito de la vida; bajo esta premisa, este espíritu capital interviene y reconfigura la relación que tenemos los sujetos con la naturaleza, negando y deformando la relación que tenemos de interdependencia entre múltiples especies y con la naturaleza.

Todas estas observaciones nos llevan a preguntarnos por la existencia. Existir en latín significa *existere*, ello quiere decir, ponerse de pie por sí mismo. Si se piensa bien está definición, nada ni nadie puede existir por su propia fuerza. No existimos en un mundo, más bien coexistimos en el mundo. Estamos enraizados en un mundo en donde no existe un sentido si no se comparte, si no resuena con los demás y con la naturaleza. Necesitamos desmitificar el ser-en-sí y descubrir que somos, más bien, un ser-con. De manera puntual, me refiero a que somos relación. No existe un yo sin un nosotros. Todo lo que es, todo lo que existe, existe en correlación.

El filósofo francés Jean-Luc Nancy nos dice que “el ser no puede ser más que siendo-los-unos-con-los-otros, circulando en el con y como el con de esta coexistencia singularmente plural” (Nancy, 2006: 19). Esto quiere decir que nuestra existencia es interdependiente. En este sentido, nosotros ya no nos encontramos frente a un mundo, sino que coexistimos en el mundo. Ante esta afirmación cabe preguntarnos: ¿Cómo nos estamos relacionando activa y receptivamente con nuestro mundo?

Hace bastante tiempo, nos prevenía Friedrich Schiller, que “la utilidad es el gran ídolo de la época, un ídolo al que sirven todas las fuerzas y han de rendir homenaje todos los talentos. En esta balanza burda no tiene ningún peso el don espiritual del arte, que, despojado de todo estímulo, desaparece ante el ruidoso mercado del siglo” (2009: 43). A nuestro juicio, en nuestro tiempo, no estamos alejados de esta manera de vernos con las cosas. Tristemente, el desarrollo técnico, científico y económico nos ha impuesto la idea de progreso como única manera de relacionarnos con el mundo: desde la “utilidad”. Este modo de relacionarnos con las cosas y con las personas nos ha dejado en un mundo sin posibilidad de construir una dimensión comunitaria.

Nos encontramos en un mundo fragmentado, puestos en régimen de aislamiento. Nos hemos dejado engañar por la modernidad y nos dejamos llevar por

el ideal de ser hijos de nosotros mismos. Pusimos nuestra confianza en un sistema diseñado para conducirnos en el mundo, pensando que podemos ser independientes de la naturaleza. Esto nos llevó a que sólo podamos vivir nuestras vidas en función de auto-consumir nuestras propias experiencias, en un mundo donde se nos dificulta vincularnos con los demás.

En suma, la vida humana no se basta a sí misma. Necesitamos de una vida en común. Es decir, necesitamos de las relaciones con los demás, necesitamos de las relaciones con las cosas, pero también, necesitamos de relaciones simbólicas que hacen posible una vida compartida. La espiritualidad enmarcada desde el reconocimiento de nuestra coexistencia nos hace posicionarnos ya no como sujetos autosuficientes, sino como seres que pertenecemos a la naturaleza. Mi manera de pararme ante el mundo dice mucho de mi manera de vivir mi espiritualidad. No podemos ser indiferentes ante un mundo que nos grita y reclama.

El ser autosuficiente es una ficción. La condición ontológica de nuestro yo está fundamentada en un nosotros. Heidegger (2009) en *Ser y Tiempo* nos dice que no existe un yo previo al ser con los otros, pues este ser-con-otros (*Mitsein*) es la constitución de nuestra propia existencia. Esto quiere decir que nuestra singularidad no puede comprenderse sin un mundo que constantemente nos afecta. Son los otros y las otras las que están interpelándome y replanteándome existencialmente.

La espiritualidad que coexiste con un mundo nos regala la capacidad de romper con el cerco de la aparente inmunidad, con que nos engaña el sistema capital. Cuando se perfora esta inmunidad nuestros ojos penetran la naturaleza, pero al mismo tiempo es la naturaleza quien penetra en nuestra mirada. El ojo que focaliza de esta manera sabe que la vulnerabilidad es nuestra capacidad de ser afectados y, desde ahí, nos comprometemos implicándonos, dejándonos tocar por el mundo.

Todas estas observaciones se pueden sintetizar con lo que dice Boff: “La espiritualidad nos hace descubrir que las cosas no están tiradas por ahí de cualquier manera, que hay un Eslabón misterioso que las une y las re-une, las liga y las re-liga, haciendo que predomine el cosmos sobre el caos y que del caos siempre se puedan elaborar órdenes nuevos” (2012: 12). Antes de entrar a reflexionar sobre la eco-espiritualidad, es necesario exponer, al menos brevemente, las repercusiones de una espiritualidad cimentada en la existencia autosuficiente.

En particular, la cosmovisión europea ha construido una espiritualidad que se sostiene en una conciencia que mira al mundo como un simple objeto. En donde acogemos al mundo, lo manipulamos y lo usamos tanto cuanto nos ayude para nuestro bienestar personal. Hay que decirlo claramente: una espiritualidad centrada en la persona, enfocada en la autonomía de la existencia, exenta del entorno en donde habitamos, es una espiritualidad de ojos cerrados, que alimenta al sistema capitalista.

El capitalismo no se puede sostener por sí mismo. Quien lo sostiene es una espiritualidad que impulsa a mirarnos, entendernos y sentirnos desde una unidad fija. Encaminada a la seguridad afectiva, a la construcción de certezas para poder vivir sin ningún conflicto o roce con la sociedad. El cimiento de esta espiritualidad es la construcción de una metafísica absoluta que nos otorga convicciones individuales, en donde encontramos un principio y un fundamento para nuestras vidas, sin tomar en cuenta el impacto y la huella que dejamos en la naturaleza y en los demás, explotados por este sistema. Esta construcción subjetiva está diseñada para sostener una vida a costa de otras vidas.

La posesión exclusiva de unos cuantos nos ha llevado a seguir alimentando la devastación de la naturaleza y la destrucción misma de los más desfavorecidos de la sociedad. Necesitamos frenar este espíritu individualista, pues, “en términos históricos, vemos que, bajo los dictámenes del capital, paulatinamente la socialización comunitaria ha sido remplazada por una de tipo mercantil, en el que el individuo-ciudadano-consumidor se presenta como el prototipo y unidad de funcionamiento de las sociedades modernas” (Navarro, 2019: 33). Ante esto, es necesaria una espiritualidad que esté situada en interdependencia con la naturaleza para buscar creativamente habilidades y sabiduría, cuidarnos unos a otros y sobre todo cuidar entre todas y todos, la Casa Común en donde habitamos.

### **Una aproximación a la eco-espiritualidad**

Ante este panorama, la eco-espiritualidad quiere responder redireccionando nuestra mirada. Es necesario preguntarnos ¿cómo estamos interpretando nuestro mundo? Es fundamental hacernos esta pregunta para tomar distancia de las condicionantes que nos impacta el sistema capitalista. Requerimos una mirada que no esté contaminada por el consumo de nuestra pasividad. Es preciso apostar por una mirada involucrada. Es decir, una mirada que no sea distante de las problemáticas de nuestro mundo. Una mirada que nos comprometa. Necesitamos una espiritualidad que sea consciente de nuestra coexistencia con el resto de la naturaleza, con una mirada sensible a la otredad que ni aisle ni totalice.

La eco-espiritualidad focaliza el encuentro, nutre la cercanía y potencializa el vínculo que despierta una nueva manera de relacionarnos con el resto de la naturaleza. Es una cosmoviviencia que tiene como horizonte ir más allá del respeto y el vínculo con la tierra. Pues la naturaleza no es parte nuestra, sino que somos naturaleza. Entender que coexistimos dentro de este mundo nos compromete. Es en este marco de consideraciones donde la eco-espiritualidad adquiere sentido.

Aproximarnos a esta espiritualidad que coexiste con la naturaleza configura una forma de vida subjetiva y colectiva que se enlaza y se entreteje en la comunidad de una manera particular. Ésta tiene que ver con la interpretación del

mundo de la vida. La carga significativa de esta interpretación está puesta en lo colectivo como espacio de construcción de imaginarios simbólicos que recrean constantemente, y de forma cotidiana, las formas que enriquecen la identidad de una comunidad. Donde los mitos, ritos, representaciones y prácticas propician una manera de mirar el mundo y por ende favorece un actuar de forma coetánea con la naturaleza.

Esta producción simbólica que posibilita el sentido y significado de una comunidad se trasmite de generación en generación. Adquiriendo una cohesión interna, desde el inconsciente colectivo anclando en los deseos de todo sujeto inscrito en una comunidad. Así, esta cosmovisión es inherente a la cosmo-vivencia comunitaria porque se articula a la experiencia y a la vivencia de vida en todas sus dimensiones y niveles. Lo espiritual, lo político, lo artístico y los modos de encuentro que viven en la comunidad están fincados en una correlación con el mundo.

Un ejemplo de esto lo brinda la organización indígena del Movimiento en Defensa de la Vida y el Territorio (Modevite). Estos hombres y mujeres tseltales, tsotsiles y ch'oles que radican en 13 municipios en la zona de Los Altos y selva en el estado de Chiapas nos invitan, con su lucha, a cambiar la mirada, pues nos enseñan una forma nueva de habilitar la interdependencia en la naturaleza. Ellos y ellas pretenden unir su palabra y su sabiduría como pueblos originarios. Se posicionan en defensa de la vida y del territorio; a través de la denuncia, con acciones concretas, en los que exigen al gobierno local, estatal y nacional el respeto y cuidado de las riquezas naturales en las que habitan. Denuncian, de forma contundente, que las nuevas reformas de las leyes benefician y fortalecen a las empresas privadas y proyectos trasnacionales que los están despojando de su territorio.

La acumulación capitalista que se sostiene desde una visión antropocéntrica, donde el ser humano es el gran maestro que observa la realidad para manipularla y gestionarla desde estrategias enfocadas bajo sus propios intereses, ha tratado de eclipsar este tipo de organizaciones o movimientos que sostienen una eco-espiritualidad que defiende la vida humana y no humana. Pues están habitados por procesos creativos y fructíferos que se orientan al cuidado del tejido de la vida y que no están dirigidas a la reproducción del valor de las relaciones mercantiles. Poniendo en el centro lo comunitario fomentando un vínculo de interdependencia.

Raquel Gutiérrez y Mina Navarro (2019), integrantes del Seminario Permanente de entramados comunitarios y formas de lo político, sostienen que la comunidad es una relación social que se produce, se practica y se cultiva. Y es desde lo comunitario que se gestan anhelos colectivos, poniendo en común experiencias históricas, para poder “continuar siendo lo que son, al mismo tiempo se desplazan del sitio donde el orden dominante los coloca” (2019: 310). A mi juicio, esta



eco-espiritualidad tiene que ver con la necesidad de generar conciencia y cultivar una sensibilidad para comprender y relacionarnos con el mundo desde la clave de la interdependencia, noción que Raquel Gutiérrez y Mina Navarro han abordado como un aspecto central para forjar una mirada ecológica de la vida. Pues esta interdependencia, “es una condición y garantía de las relaciones entre los distintos seres que habitamos este planeta viviente” (2019: 311). En la eco-espiritualidad, coexistimos con la naturaleza, aunque no tengamos conciencia de ello. Nuestra vida humana es una correlación constante.

Este espíritu capitalista no toma en cuenta que la vida humana y no humana no se pueden sostener por sí solas, sino que se forjan desde la interdependencia a través de “complejas interacciones entre múltiples actividades, trabajos y energías para garantizar la reproducción simbólica, afectiva y material de la vida” (2019: 311), más bien, el capital pone énfasis en la acumulación de ganancias sin tomar en cuenta la reproducción de la vida.

La negación o deformación de la interdependencia que ha producido el espíritu capitalista, es la fuente de las crisis que estamos viviendo. Direccionando una mirada a la naturaleza como objeto de mercancía. “Nos hemos acostumbrado a observar la vida desde fuera, disecándola con abstracciones, cuando en realidad toda forma de vida se caracteriza por alguna forma de interioridad, de experiencia propia: «la interioridad es coextensiva con la vida»” (Pígem, 2016: 26).

Desde la vida comunitaria, cuando es consciente de la eco-espiritualidad que defiende la vida y reconoce que no puede separarse de la naturaleza, se sabe y se siente entrelazado con los otros, con las otras y con todo ser vivo. Así, se desvela la falacia que ha impuesto el sistema capital y hetero-patriarcal, de reconocernos como autosuficientes, negando los vínculos de interdependencia que nos interconectan con la naturaleza y con los demás. Tanto en lo pequeño como en lo grande, todo ser vivo existe en correlación, pues la vida se forja desde la interdependencia. De esta manera, lo que hacemos como humanidad siempre repercute sobre otros y sobre la tierra en donde nos encontramos. En pocas palabras, es un cambio de paradigma al momento de comprendernos en el mundo. Luis Martínez Andrade afirma que “este nuevo mundo de vida es considerado por Leonardo Boff como un ser-en-el-mundo-con-todas-las-cosas que encarna una nueva manera de ser-en-el-mundo, en otras palabras, otro paradigma de convivialidad” (2019: 277).

En efecto, creo que hemos de renovar profundamente nuestra manera de comprender y relacionarnos con la naturaleza. La eco-espiritualidad nos brinda un mapa que nos permite orientarnos y comprender el mundo donde habitamos. Desde esta cosmo-vivencia, somos naturaleza. Somos el resultado de lo que la Tierra nos regala. De ella aprendemos generosidad, gratuidad, apertura y cuidado. Son actitudes y virtudes que nos nutren y nos hacen entrar en armonía.

No bastan los frenos morales que se puedan construir individualmente. No es suficiente una reforma civilizatoria a partir de un contrato social. Los problemas globales, como dice Rob Nixon, “no se pueden resolver agregando las acciones de individuos concienciados” (Nixon, 2011: 39). Lo que necesitamos es una metanoia colectiva. Metanoia significa, en griego μετανοίειν, *metanoien*. *Meta*: más allá y *noia*: hace alusión al *nous*, es decir, a la mente. En este sentido, hace falta un autoempoderamiento colectivo. La metanoia colectiva no se puede reducir a una acción en común dirigida por leyes inquebrantables. Necesitamos una conversión radical. De lo que se trata es de una alianza fusionada por lo local y trasnacional de las organizaciones, redes y movimientos que hoy luchan por demostrar que no somos sujetos independientes del mundo.

Pasar de la existencia a la coexistencia significa ir más allá de un cambio de conciencia. No queremos reducir la espiritualidad a un imperativo categórico. Necesitamos una profunda transformación de la manera de comprender nuestro mundo y a nosotros mismos. Requerimos trasgredir nuestro sistema epistémico y subjetivo en el que nos hemos fijado. Esto quiere decir que hace falta repensar de forma radical nuestros modelos de conocimiento y preguntarnos a fondo nuestro lugar en el mundo.

La eco-espiritualidad no es la suma de las acciones individuales que hace un grupo. No podemos reducir la dimensión espiritual a prácticas individualistas de autoayuda. Más bien, es un cambio de paradigma que responde a una nueva manera de estar en el mundo, pero este naciente paradigma no es simplemente considerar a la naturaleza y a la humanidad como objeto y sujeto que se pueden separar. Esta visión todavía sigue pensando que la humanidad está desligada de la naturaleza y puede existir independiente del mundo donde habita. Se trata, pues, de reconocer a la humanidad y a la naturaleza como el derecho y al revés de una misma moneda que no se pueden objetivar. En este sentido, la naturaleza ya no está ante mí. La naturaleza ya no lo puedo tener enfrente, sino, más bien, es parte de mi propia existencia.

Por ello, es de suma importancia pensarnos y experimentarnos como una hebra más del tejido de la vida, tratando de reconocer el valor intrínseco de todos los seres vivos más allá de su valor de utilidad o de uso, para así poder ver el sustento y la reproducción de la vida, solamente en co-gestión y co-producción entre las distintas especies. Siguiendo esta misma línea, este concepto de eco-espiritualidad no puede estar en el aire volando como una construcción abstracta sin comprometerse con las situaciones que vivimos, sino que está situado y encarnado en la praxis que afirma la vida.

La eco-espiritualidad es el resultado de personas, colectivos e instituciones que han tratado de secundar una cosmoviviencia basada en la interdependencia

en el tejido de la vida y con otras especies compañeras. Es desde estos grupos minoritarios que van generando resistencia ante la espiritualidad capitalista, para poder habilitar otras formas orgánicas de interdependencia, bajo otros principios que sean los de la cooperación, reciprocidad, complementariedad y no de competencias y rivalidad.

### **Reflexión final**

*Una universidad comprometida con la Casa Común*

¿Qué vínculo puede tener una institución educativa con esta eco-espiritualidad? Tomando en cuenta los subtemas anteriores, podemos decir que el espíritu de una universidad no tiene que ver solamente con el modo en que nos relacionamos unos con otros, sino también con el modo en que nos relacionamos con los entornos vitales en los que cohabitamos y, además, de ver cómo y de qué manera vamos generando nuevos modelos de interdependencia que nos vinculen más desde la colectividad y la solidaridad, y no desde los modelos hegemónicos totalizantes, negando nuestra existencia en términos ecológicos.

Es evidente, ya con lo que hemos planteado, que la universidad está ineludiblemente situada en el mundo. Y al estar en el mundo, no es neutral. Desde la comunidad universitaria jesuita pertenecemos a un mundo abierto donde captamos sentido, pero no estamos predeterminados para comprender y relacionarnos con el mundo de una sola manera. Tenemos, en cierta medida, libertad para modelar la relación con el mundo que habitamos.

En este sentido, las universidades confiadas en la Compañía de Jesús tienen como propósito optar por los que padecen injusticias. Estas universidades jesuitas focalizan su fuerza para trabajar por la defensa de los que son privados de sus libertades y fomentan, ante todo, el encuentro con la realidad tomando en cuenta a los que sufren la irracionalidad del sistema imperante. La identidad de una Universidad Jesuita la construimos todas y todos. El Padre General Arturo Sosa, S.J. nos comparte que esta identidad no está directamente relacionada con el número de jesuitas que se suman a la comunidad universitaria, “sino con la capacidad de compartir el espíritu que las anima, el modo de proceder característico y la comunión en la misión compartida” (2018: 9).

La profundidad intelectual de una Universidad Jesuita está en el esfuerzo, compromiso y dedicación para dejarnos tocar y comprender a profundidad los problemas reales que estamos cruzando. La universidad “requiere sensibilidad a las situaciones de las personas y los pueblos. Necesita mirar más allá de sus muros para acompañar los procesos complejos de la historia humana” (Sosa, 2018: 5).

Es por ello que el Instituto de Investigaciones en Medio Ambiente Xabier Gorostiaga, S.J. (IIMA), inscrito en la Universidad Iberoamericana Puebla, propone

sistematizar las experiencias que como institución académica ha realizado en torno al ambiente o en pro de la sustentabilidad. Todas estas experiencias convergen en la preocupación por la crisis ambiental y la intención de atender sus consecuencias ecológicas, sociales y económicas, a través de proyectos de educación, diagnóstico e intervención.

Necesitamos fortalecer nuestro espíritu universitario reconociéndonos como parte de la naturaleza. Los análisis científicos y técnicos son imprescindibles para cuidar el medio ambiente, esto no lo ponemos en duda, pero necesitamos vivarlos desde esta espiritualidad que sostiene la motivación a largo plazo y permite descubrir nuevos referentes comunes de sentido que inspiren y dinamicen una nueva manera de relacionarnos con la naturaleza.

Para que podamos ir en sentido contrario al proceso de individualización que genera la modernidad, como universidad, necesitamos una lucidez espiritual, pero esta lucidez no se puede reducir a una instancia religiosa y moral. A lo que referimos con esta lucidez espiritual es a la capacidad de resignificar el suelo que nutre nuestra comprensión del mundo. La lucidez espiritual tiene que ver con un cuestionamiento profundo con las interpretaciones hegemónicas de lo real. Tiene que ver con la riqueza y la vivacidad de la comunidad fincada en una ética cristiana, que lucha y defiende la Tierra y que promueve modos de vida que pongan de relieve la colectividad y el cuidado a la naturaleza.

A mi juicio, para poder aproximarnos a esta lucidez espiritual que tiene una universidad con la Casa Común es necesario empezar a reflexionar sobre estos tres puntos:

1. La implicación en el cuidado de la tierra no es un añadido a nuestra espiritualidad como Universidad Jesuita, es el centro para poder resignificar nuestra existencia. La ecología y la espiritualidad se complementan mutuamente. En este sentido, la preocupación por el cuidado de la tierra no es opcional. Las crisis ecológicas nos atañen a toda la humanidad. El reto que tenemos ante las crisis del medio ambiente necesita que las intervenciones que se realicen se hagan desde la inspiración de una ecología con espíritu.

2. La espiritualidad de la Universidad Jesuita es la que posibilita la crítica a la relación mercantilista de la modernidad con la Tierra. Rompe con la lógica capitalista de posesión, de acumulación y de poder. En pocas palabras: rompe con la codicia de riqueza. Abdica al intento de salvarse a sí mismo a través del acaparamiento, del uso desordenado de las cosas.

3. Necesitamos acciones que provengan de la espiritualidad ecológica, que demande un espíritu de la expropiación que se exprese en la renuncia de la se-

guridad de la vida, del control y la preservación del propio bienestar a costa de denegárselo a otros. Esta expropiación nos compromete a ordenar nuestras decisiones de vida, tomando en cuenta que vivimos en un mundo limitado.

Son estos tres puntos que nos pueden ayudar para posicionar y discernir los signos de los tiempos. Sobre todo en esta situación donde la pandemia por Covid-19 nos amenaza, y ha interpelado nuestra existencia y nuestra forma de relacionarnos con la naturaleza; ante esto se sugiere profundizar en nuestra identidad como Universidad Ignaciana, para fortalecer nuestros itinerarios de formación integral y nuestros proyectos de incidencia social.

### Referencias

- Arendt, H. (1981). *Los orígenes del totalitarismo*. 3 vols. Madrid: Alianza.
- Baró, M, S.J. (1989). *Una nueva pedagogía para una Universidad nueva. Planteamiento universitario*. San Salvador: UCA Editores.
- Boff, L. (1996). *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*. Madrid: Trotta.
- Campillo, A. (2015). *Tierra de nadie*. Barcelona: Herder.
- Ellacuría, I, S.J. (1999). *Escritos universitarios*. San Salvador: UCA Editores.
- Foucault, M. (2018). *Defender la sociedad*. México: FCE.
- Gadamer, G-H. (2012). *Verdad y Método*, vol. I. Salamanca: Sígueme.
- Heidegger, M. (2009). *Ser y Tiempo*. Madrid: Trotta.
- Kolvenbach, P.H, S.J. (2000). Conferencia sobre “El compromiso por la justicia en la educación superior de la Compañía”, 5-8 de octubre de 2000, en la Universidad de Santa Clara (California) para conmemorar el 25º aniversario del Decreto 4 de la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús, y reflexionar sobre su impacto en el apostolado universitario de la Compañía en Estados Unidos.
- Lessenich, S. (2019). *La sociedad de la externalización*. Barcelona: Herder.
- Martínez, L. (2019). *Ecología y teología de la liberación*. Barcelona: Herder.
- Nancy, J.L. (2006). *Ser singular plural. “Nosotros”*. Madrid: Arena.
- Nasr, S. (1999). *The spiritual and religious dimensions of the environmental crisis*, Londres: The Temenos Academy.
- Navarro, M. (2019). Despojo múltiple sobre el tejido de la vida: impactos y resistencias socioambientales, México: *Revista Textual* (enero-abril de 2019).
- Navarro, Mina & Gutiérrez, R. (2018). Claves para pensar la interdependencia desde la ecología y los feminismos, México: revista *Bajo el Volcán*. En prensa.
- Nietzsche, F. (1999). *Ece Homo: como se llega a ser lo que es*. Madrid: Alba.
- Nixon, R. (2011). *Slow violence and the Environmentalism*. Harvard: University Press.
- Pigem, J. (2016). *Inteligencia vital. Una visión postmaterialista de la vida y de la conciencia*. Barcelona: Kairós.
- Sáenz, L. (2009). *Ser errático: una ontología crítica de la sociedad*. Madrid: Trotta.

Sosa, A., S.J. (2018). La universidad, fuente de vida reconciliada. Discurso del P. General Arturo Sosa, S.J. hacia todas las universidades confiadas a la Compañía de Jesús, en la Universidad de Deusto.

Tamayo, J. (2017). *Teologías del Sur. El giro descolonizador*. Madrid: Trotta.